



ENTRE LA REALIDAD Y LA FICCIÓN LA IMPORTANCIA DE LOS TESTIMONIOS SOCIALES EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA NARRATIVA COMUNITARIA

BETWEEN REALITY AND FICTION: THE IMPORTANCE OF SOCIAL TESTIMONIES IN THE CONSTRUCTION OF THE COMMUNITY NARRATIVE

Dr. Pedro Miranda Ojeda

Resumen

La narrativa contemporánea ha revitalizado la importancia de la memoria colectiva en la construcción social histórica reciente. Por supuesto, esto no significa que la memoria esté definida por los códigos estrictos de realismo, sino que en este escenario el testimonio y la ficción se contaminan. En efecto, el testimonio reproducido y transmitido por generaciones, con el tiempo a menudo va adaptándose en la (re)construcción de una realidad creída, y ello contribuye a la consolidación de presuntos conocimientos reales y que suelen ser producto de una ficción asumida y defendida por la importancia que en una comunidad pueda representar. El objetivo de este trabajo es analizar la interacción entre ambas y cómo la memoria puede objetivarse en una reconstrucción histórica y social con la intención de que la memoria sea una entidad menos romántica y ficcional para encontrar un punto donde memoria y realidad puedan converger y legitimar su importancia como testimonio social comunitario.

Palabras clave

Memoria; ficción; testimonios; objetivación; narrativa comunitaria

Abstract

Contemporary narrative has revitalized the importance of collective memory in the construction of recent social history. This does not imply, however, that memory is defined by the strict codes of realism; rather, testimony and fiction become intertwined within this context. Indeed, testimony reproduced and transmitted across generations often becomes gradually adapted over time in the (re)construction of a perceived reality, thereby contributing to the consolidation of presumed forms of real knowledge that are frequently the product of an assumed fiction, one that is embraced and defended because of the significance it may hold for a community. This article aims to analyze the interaction between testimony and fiction, and how memory may be objectified in historical and social reconstruction, with the intention of making memory a less romanticized and fictionalized entity, in order to find a point where memory and reality may converge and legitimize their importance as a form of community-based testimony.

Keywords

Memory; fiction; testimonies; objectification; community narrative

* * *

Referencia: Miranda Ojeda, P. (2026). Entre la realidad y la ficción la importancia de los testimonios sociales en la construcción de la narrativa comunitaria. *Cultura Latinoamericana*, 43(1), 173-188. <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2026.43.1.8>

Fecha de recepción: 5 de diciembre de 2025; fecha de aceptación: 14 de abril de 2026.



ENTRE LA REALIDAD Y LA FICCIÓN LA IMPORTANCIA DE LOS TESTIMONIOS SOCIALES EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA NARRATIVA COMUNITARIA

Dr. Pedro Miranda Ojeda¹

Universidad Autónoma de Yucatán (México)

pmojeda@correo.uady.mx

<https://orcid.org/0000-0003-1881-8778>

DOI: <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2026.43.1.8>

Introducción

La época en la que los investigadores rechazaban utilizar la memoria por considerar que los sujetos seleccionaban, ordenaban y analizaban los acontecimientos de manera subjetiva ha cambiado en los últimos años. Su revaloración como fuente tiene su raíz en la complejidad de la crítica de fuentes y en la contrastación de los datos. Esto ha favorecido una nueva concepción para que la memoria tenga una mayor credibilidad y objetividad.

Esto se traduce en la pretensión por objetivar la verdad y el deseo, procurando una racionalización de hechos mediante la ensoñación de los deseos. La afirmación de que “sucedió porque así nos los contaron nuestros antepasados” justifica su verdad. Por supuesto, esto no significa que la reconstrucción de la memoria no pueda utilizar otro tipo de recursos o fuentes para contrastar las realidades comunitarias. Por lo tanto, las nociones de objetividad-subjetividad, así como de ética de los informantes y de los investigadores, son elementos

¹ Doctor en Estudios Mesoamericanos por la Universidad de Hamburgo, Alemania. Es profesor investigador titular C, tiempo completo, en la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán, donde también se desempeña como docente de la Licenciatura en Historia. Su línea de investigación analiza las estructuras y la evolución de las comisarías del Santo Oficio de México (1571-1820). La producción se ha presentado en reuniones científicas, artículos, capítulos de libro y libros tanto en su país como en el extranjero. Miembro del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores, nivel II. Correo electrónico: pmojeda@correo.uady.mx



fundamentales que se discutirán en esta propuesta para determinar el grado de confiabilidad que la memoria puede brindar como fuente para la narrativa.²

Crítica a la memoria

En los últimos años ha crecido el interés por la historia del tiempo presente. La memoria, la historia de vida o la entrevista en profundidad se han convertido en herramientas fundamentales para las investigaciones, cuyo componente principal es el entramado de las relaciones sociales, políticas, económicas y sobre todo de los asuntos mundanos que no siempre tienen el reconocimiento de la imponente historia tradicional que aún perdura en nuestros días (Ferrer Alaña y Carrillo Ramírez, 2025, p. 28). La importancia de la memoria oral radica en su contenido como fuente que, en el campo académico y de la investigación, se asocia a determinados géneros literarios que cumplen con dos condiciones: se formalizan a través de la oralidad y su contenido pertenece al acervo cultural de una sociedad. La tradición oral se entiende como el conjunto de narraciones que perdura en la memoria y en la oralidad mediante mitos, leyendas, cuentos y casos (Duván Ávalos, 2008, p. 297), además de su historia vivida (Aróstegui, 2007) y transmitida a través de generaciones. Desde esta perspectiva, la tradición oral.

es un proceso dinámico que se renueva continuamente a través de la interacción de las comunidades con su entorno natural se adapta y evoluciona con el tiempo y su historia. Este proceso fortalece el sentido de identidad y continuidad en las comunidades, fomentando el respeto por la diversidad cultural y estimulando la creatividad humana. (Castellanos Monroy, 2024, p. 7789)

Esta constante interacción entre los pueblos permite que el conocimiento heredado a través de la memoria se dinamice y su rescate sea un ingrediente fundamental para la investigación histórica. Estos componentes integran lo que se denomina narrativas comunitarias; las nuevas generaciones de historiadores están dirigiendo cada vez más su atención hacia temáticas que se distancian de los grandes paradigmas de la disciplina y considerando que su objeto de estudio está en las últimas décadas de la historia reciente (Alvarado Gamiño, 2023, p. 18). A partir de entonces, los nuevos caudales del conocimiento prefieren estudiar las circunstancias que impactan directamente en los acontecimientos recientes, en su memoria ponderan la validez de los hechos

2 Acerca de la subjetividad de las fuentes orales puede verse Ferrer Alaña y Carrillo Ramírez, 2025, pp. 26-27.



del siglo XXI que han transformado al mundo, las reglas que dominan la política, la economía y, en particular, a la sociedad en su conjunto. Este interés procede de la repercusión inmediata a sus quehaceres y a su vida diaria, una concepción de vida pragmática.

En este sentido, la historia de corte tradicional ha ido perdiendo importancia en estas generaciones que se apartan de las grandes configuraciones históricas que tradicionalmente han dominado las investigaciones académicas (Duván Ávalos, 2008, p. 298). Los estudios virreinales, decimonónicos e incluso del temprano siglo XX comienzan a mirarse a la distancia, sin ningún atisbo de nostalgia o deseos de penetrar en sus secretos. Así, los recuerdos, experiencias y puntos de vista de los testigos y actores del acontecer contemporáneo son los añadidos al escenario de las fuentes de la investigación. Los nuevos campos de estudios se concentran en la historia significativa de sus actores primarios, aquella que tiene relevancia y atención de los tiempos actuales y venideros (Alvarado Gamíño, 2023, p. 19). De ahí que la historia esté comenzando un camino distinto, que privilegia la historia oral y la historia vivida y que puede documentarse y explicar los tiempos actuales. Es la historia que puede percibirse a los ojos de los contemporáneos y que, como sucedía en la antigua Grecia, contribuye a comprendernos y a dialogar con nuestros informantes, desprenderse de los fantasmas de la falsedad documental generados por las autoridades y que no siempre se caracterizan por su objetividad.

Las personas de memoria, la revaloración de los testimonios y los documentos verbales, con mayor atención a los recuerdos y de aquellos que no se consideran a sí mismos como protagonistas del devenir histórico son los vértices de la historia que preocupa en el siglo XXI (Mariezkurrena Iturmendi, 2008, pp. 228-229). Las diversas técnicas de recopilación utilizadas por la memoria constituyen herramientas fundamentales en la investigación histórica porque poseen la ventaja de brindar indicios, hechos e información a menudo olvidados en otro tipo de fuentes, como la hemerografía o los documentos de archivo. Su importancia radica precisamente en rescatar los recuerdos olvidados o apreciarlos sin una presunta poca trascendencia.

Aun cuando los trabajos de investigación oral son nota común de crítica por las limitaciones de los testimonios obtenidos a partir de una entrevista, con errores u omisiones de datos o fechas históricas, su importancia es decisiva en la construcción histórica. Ante este hecho puede argumentarse que las fuentes orales se utilizan como complemento y debe compararse con la historiografía, tal como sucede con otro tipo de fuentes de información. Es un repertorio que proporciona información y, desde esta tesitura, necesita de un procedimiento de contrastación que analice una evidencia; por ello es un testimonio



que sirve para confirmar o refutar hipótesis enunciadas a partir de las fuentes escritas (Mariezkurrena Iturmendi, 2008, p. 229; Encina et al., 2020, p. 20). En estos términos, es una tendencia generalizada no reconocer a la memoria colectiva como fuente confiable de datos. La respuesta común de algunos historiadores es que los sujetos que en algún momento vivieron alguna coyuntura de interés histórico no tienen la capacidad de transmitir la información de manera pormenorizada, con sincronía de fechas y eventos. El tiempo transcurrido entre el suceso y la narración a menudo puede ser muy extenso y, además, el narrador no ha guardado la información con la intención de mantener un registro exacto porque 1) no valora el hecho como importante para la narrativa y no la considera historia, 2) su conocimiento son experiencias de vida recordadas en situaciones circunstanciales y 3) la escasa o nula importancia de los hechos condicionan su almacenamiento en la memoria que con el paso del tiempo gradualmente se diluye.

La oportunidad de transmitir el conocimiento vivido es fundamental para la existencia e importancia de la memoria como fuente que se mantiene viva gracias a los narradores locales que estiman y valoran su historia (Cárdenas López y Hernández Hernández, 2024, p. 6110; Fernández Fernández et al., 2022). Sin embargo, tampoco nos podemos confiar a ciegas de estos narradores que, además, se autodenominan historiadores de la comunidad por el simple hecho de conservar en la memoria algunas partes del vasto conocimiento de su pueblo o patria. Desafortunadamente, poco se ha hecho para rescatar el conocimiento oral y ponerlo en contexto, hacerlo científico, porque sería una tarea descomunal e imposible. Ante esta situación, podemos afirmar que se recurre a la memoria oral cuando la insuficiencia de nuestras investigaciones nos obliga. Esta necesidad se produce cuando existen problemas en los documentos tradicionales de la historia. Esto significa que, por lo general, no consideramos la memoria una verdadera herramienta que contribuya al conocimiento, sino un instrumento remedial para solucionar la ausencia de fuentes.

La crítica principal contra la memoria es, desde nuestro punto de vista, es que la transmisión de información con el tiempo selecciona los hechos de manera parcial, adaptándose a la construcción de una realidad creída y no cuestionada, aun cuando se trate de hechos verdaderos (Cárdenas López y Hernández Hernández, 2024, p. 6111). La memoria hace un proceso de selección de los recuerdos por su grado de conocimiento de un tema concreto, su implicación o nivel de interés. De ahí que los recuerdos enseñan cómo piensan, ven, construye y expresan su entendimiento de la realidad. Un testimonio oral da cuenta de las expectativas de las personas, sus emociones, sentimientos, deseos, etc. (Mariezkurrena Iturmendi, 2008, p. 229). Durante una temporada



de trabajo de campo en una antigua hacienda ahora pueblo de Kankí, municipio de Tenabo (Campeche), pudo determinarse que la tradición oral reproducida tanto por ancianos como por jóvenes cree que en una batalla de la llamada Guerra de Castas —vivida en Yucatán entre 1847 y 1901— hubo tal cantidad de muertos que la sangre alcanzó la altura de un metro de altura desde el nivel del suelo. La seguridad de los habitantes sobre esta narración resulta sorprendente, no había margen a la duda ni de fantasía. Esta práctica es lo que José Miguel Marínes define como el empeño en objetivar la verdad y el deseo, procurando una racionalización de hechos mediante la ensoñación de los deseos.³ De ahí que imperara la absoluta convicción de que los hechos ocurrieron porque así se narraba desde el conocimiento de los antiguos y se había transmitido de generación en generación. En la misma narración los vecinos aducían la enorme importancia que esta batalla había significado para el desenlace de la guerra. Esta es una de las características en la que muchos de los denominados historiadores locales o cronistas insisten cuando narran la historia de sus pueblos: destacar hechos sin importancia como significativos. La emoción de los vecinos cuando se les preguntaba acerca de la batalla se desprendía de cada cara, gesto y con firme seguridad. Aquí tuvo lugar un acontecimiento de vital importancia, y es motivo de orgullo, no existen dudas de sus efectos. Un solo nombre aparecía en todos aquellos que lograron recordarlo, “El Chelo” Muñoz, casualmente héroe local porque fue quien comandó las tropas vencedoras. Ninguna fecha, ningún nombre más. En estos hechos, la comunidad construye lo que puede denominarse la objetivación de la memoria, que transgrede la realidad fáctica en la medida que es una definición de su realidad creída por la sociedad donde se establece. Por lo tanto, también representa una ficción asumida porque se ha determinado que los hechos no corresponden con los sucesos que ocurrieron en un tiempo determinado.

La validez de las fuentes orales en un estudio histórico no está determinada por el elevado número de entrevistas que confirman la información. Esta idea es, por supuesto, un absurdo. A propósito, en los mismos documentos de archivo o hemerográficos no siempre puede aplicarse esta regla general. En efecto, el mismo problema afecta a las fuentes escritas, cuyo criterio aleatorio de elaboración conlleva asimismo un proceso de selección y tener problemas de omisión o distorsión (Mariezcurréna Iturmendi, 2008, p. 230). Los registros fontales también son parte de la inextricable complejidad de su producción.

3 Un análisis acerca de la relación entre verdad y deseo puede verse en Marínes (2007, pp. 13, 43).



las fuentes orales deben ser tratadas de igual forma que las fuentes escritas: debe admitirse la subjetividad implícita en ellas, y por ello deben realizarse las acotaciones necesarias para establecer su veracidad y verificarse de igual forma que los documentos escritos, a partir de la consulta de todas las fuentes de información al alcance de los historiadores: fuentes hemerográficas y bibliográficas, documentos privados y datos estadísticos. (Mariezkurrena Iturmendi, 2008, p. 230)

Los historiadores no podemos, por supuesto, creer todo lo que se cuenta. La contrastación de fuentes es crucial y necesaria porque revela una realidad más compleja y distinta a la narración. Así, en la tradición oral de Kankí, que recuerda que ahí se desencadenó una batalla, se advierte esta situación. Sin embargo, no se trataba de eventos ocurridos en la Guerra de Castas, sino durante el llamado Segundo Imperio, entre republicanos y proimperialistas. Después de la toma de Campeche por parte de las fuerzas republicanas, uno de sus líderes se sublevó contra el gobierno de Pablo García y ocupó con sus fuerzas la Villa de Calkiní, aunque sin lograr el apoyo de los proimperialistas. De esta manera, los campechanos persiguieron sin cuartel a José Antonio (a) “El Chelo” Muñoz y en el mes de agosto de 1867 lo cercaron en la hacienda de Kankí, donde lo derrotaron y terminaron con la sublevación. El héroe local fue Juan Timoteo Muñoz, oriundo de Tenabo, quien, por su valentía, fue herido dos veces y nombrado teniente coronel del Batallón de Infantería de la Guardia Nacional “Independencia” del estado de Campeche. La memoria-ficción confundió a “El Chelo” Muñoz con Juan T. Muñoz (Menéndez, 1950). La realidad: no fue una batalla decisiva, no se desarrolló en la coyuntura de dicha guerra ni hubo héroe. En este sentido, en el transcurso de las generaciones la memoria ha ido transformándose y reconstruyendo los acontecimientos a conveniencia para enaltecer la importancia de los hechos que ahí sucedieron: la objetivación de la memoria y de la ficción.

En este punto es pertinente destacar que a las fuentes orales se les ha conferido el atributo de poseer escasa credibilidad debido a las limitaciones propias de la memoria humana: el paso del tiempo, la edad del informante, la propiedad selectiva de la memoria que provoca omisiones inconscientes o distorsiones de ciertos recuerdos. Una entrevista o la memoria oral no puede invalidarse en absoluto por un dato erróneo que también puede detectarse en los documentos escritos, en archivos y hemerotecas. Por supuesto, el historiador tiene la obligación de cotejar con otras fuentes, en virtud de que los aspectos que interesan a la investigación forman parte del campo de las ideas y de las mentalidades sociales en relación con acontecimientos históricos (Bernal Vega, 2025, pp. 42-43). En la valoración de la veracidad



se presume una memoria sin absoluta fiabilidad, distante de aportar información segura para reconstruir un acontecimiento histórico. Su valor radica en la transmisión de documentos ausentes en las fuentes escritas: el contacto directo y personal que recuerda el pasado, su pasado, aporta una dimensión humana a la Historia. Esta es una relación del individuo con su historia que revela hechos vividos, deseos, creencias, etc. La memoria de los informantes no es infalible y por sí misma es histórica, el presente matiza el pasado, con una selección de recuerdos existentes, y por lo general, se ocultan de modo más o menos inconsciente. Este hecho contribuye a alterar la imagen de la realidad social. Desde este punto de vista, no hay fuentes orales falsas, estimadas como afirmaciones equivocadas que constituyen a verdades psicológicamente ciertas (Mariezkurrena Iturmendi, 2008, pp. 229-230). Tampoco se trata de desacreditar con un ejemplo todas las ventajas e información que la memoria puede proporcionar a la historia. El empeño de los historiadores consiste en cómo utilizar la información de la memoria para descubrir las realidades objetivas de su narrativa mediante un complejo sistema de verificación que a veces escapa a nuestras intenciones porque no existen posibilidades de comparar, contrastar o verificar la veracidad de las historias narradas, como también sucede con las fuentes tradicionales de la Historia.

También es sorprendente el cuestionamiento total o la resistencia a utilizar aquella información oral que no puede verificarse. Las razones son: 1) La memoria es selectiva y es proclive a distorsionarse,⁴ aunque no siempre de manera consciente, pues al carecer de una objetivación de la realidad presente, esta pierde vigencia en algunas personas. Es decir, las experiencias y vivencias personales por lo general no se recrean con regularidad y sólo están en la memoria sin evocación alguna en mucho tiempo. Esta se recupera, a menudo, gracias al interés de alguien, aunque el conocimiento se ha fragmentado poco a poco hasta convertir el recuerdo en segmentos sin lógica ni coherencia. En ningún caso constituyen, como afirma Darío Muñoz Onofre (2003), reservorios de recuerdos sumados en el transcurso del tiempo lineal que han permanecido intactos o aislados hasta que se vehiculizan de manera intacta. Así, afirma que más bien se trata de una reconstrucción del presente a través de nuevos significados (p. 97). Julio Aróstegui, por su parte, destaca que la memoria funciona con una suerte de pluralidad, de forma limitada y selectiva, frágil y manipulable, que se vierte hacia una particular percepción del cambio que se manifiesta en la sustitución y restitución de imágenes, fundamentales para 2) recuperar una

4 Halbwachs destaca los niveles de deformación de la memoria generada desde la infancia (2004, pp. 105-121). También puede verse Aróstegui (2007, p. 158).



memoria dispersa y los años de olvido pueden favorecer la construcción de nuevas realidades,⁵ sin reconocerlas como tales, mezclando diversos acontecimientos pasados, nombres o fechas (2007, p. 158). Esta memoria diseminada y sin coherencia es, en nuestra opinión, la más peligrosa para los historiadores. 3) También es propio decir que existen sujetos con un altísimo grado de memorización, quienes, aun con el paso de los años, logran mantener los recuerdos con los detalles más exactos. Estas son, por supuesto, excepciones a la regla.

Sin embargo, en ningún caso el historiador tiene la certeza de qué tipo de memoria está recuperando, sin entrar en la discusión de que se trate de directa (espontánea), adquirida (transmitida) o heredada.⁶ Por este motivo, nunca puede considerar que la obtención de información sea exacta en nombres, fechas y acontecimientos. Es decir, por lo general ocurren importantes alteraciones en la relación tiempo y espacio; las confusiones en la definición del tiempo son constantes (Halbwachs, 2004, pp. 156-157). Es necesario partir del principio de que ha existido pérdida de información con el paso de los años. Aun cuando se considera que la transmisión oral puede permanecer sin alteraciones en tres generaciones, esto tiene que ver con el grado de complejidad de la información, el interés del individuo en mantener los recursos vivos. Aún así, la tarea del historiador consiste en verificar la información obtenida.

Ética y las nociones de subjetividad-objetividad

Una función del historiador radica en resolver los problemas metodológicos que se presenten en el transcurso de la recopilación de la información conforme a criterios científicos. En la historia, como una disciplina científicamente elaborada, es preciso desprenderse de la subjetividad que toda información supone. Los juicios de valor son comunes en la memoria y, por esta razón, es reiterada la insistencia en la contrastación y verificación en la mayor cantidad de fuentes posibles. No puede considerarse una realidad fáctica el simple hecho de que todos los habitantes de un lugar compartan las mismas impresiones.

En este mismo sentido, existe la idea generalizada de que cualquier información escrita tiene un mayor grado de confianza que la memoria o la tradición oral (Prins, 2003, pp. 145-146; Ferrer Alaña y Carrillo Ramírez, 2025, p. 25). Los documentos escritos también presumen la hechura del proceso de cotejo y de confirmación. Aún así, siempre habrá mayor seguridad en los documentos escritos, incluso cuando no

5 La reconstrucción de los recuerdos y el papel desempeñado por la nostalgia del pasado son examinados por Halbwachs (2004, pp. 122-138).

6 Sobre los tipos de memoria, consúltase Aróstegui (2007, p. 160).



haya ninguna fuente que confirme los datos. Por ejemplo, una tradición oral —que, por definición, no está escrita— despierta incertidumbre y desconfianza cuando no existe otra información al respecto; sin embargo, si esta misma tradición oral en algún momento es transcrita, tendrá mejor aceptación por parte del investigador, aun tratándose de una recopilación que tiene diferencias con la que la mayoría de la gente conoce y transmite oralmente. Si no puede saberse cuál es la información correcta, la tendencia historiográfica se inclina por favorecer el conocimiento dado en la escritura. La objetividad puede estar en duda porque, como hemos mencionado, a veces es complicado llevar a cabo una crítica de fuentes efectiva y comparativa, exenta de imparcialidad.⁷

Por otra parte, desde nuestro punto de vista, la mayor demostración de subjetividad y pérdida total de la ética reside en los investigadores que pagan por la información (Encina, Ezeiza y Delgado de Frutos, 2020, p. 18; Bernal Vega, 2025, p. 41). Una investigadora mexicana que hacía los preparativos del trabajo de campo en Yucatán para su tesis doctoral en una universidad estadounidense recibió una propuesta inusual: cuánto dinero necesitas para los gastos generados por el pago a los informantes. Su sorpresa y duda fue mayúscula porque la información no puede obtenerse mediante compensación económica; de ahí su negativa a aceptar recursos para este propósito. No obstante, esta parece ser una práctica común en algunas instituciones. Sea, en este caso de “Don Panchito”, quien hizo investigaciones en una región del estado mexicano de Quintana Roo, recordado por pagar a los informantes cada vez que obtenía información. Este personaje es un investigador estadounidense de prestigio internacional y autor de numerosas obras. El trabajo que realizaba en ese entonces utilizó como principal recurso la memoria de sus habitantes. Esta práctica tiene graves riesgos de objetividad y, al mismo tiempo, de subjetividad, por tres razones fundamentales: 1) las respuestas pueden manipularse para mostrar exageraciones de la realidad, pero más atractivas para los investigadores. A más información y ‘calidad’ de esta, mayor será la recompensa económica en un lugar donde la situación económica es difícil para los pobladores. 2) Los informantes tienen el conocimiento de todas las cosas, no existen cosas que ignoren, porque su desconocimiento implicaría la pérdida del potencial estímulo económico. De las mentiras se deriva una cantidad de información falsa que luego ‘contrasta’ y ‘verifica’ con otros pobladores. Por supuesto, los informantes ratifican la ‘información exclusiva’ ante la posibilidad de perder la gratificación económica. No se trata de ética de los informantes, pues ellos no cuestionan su proceder, al contrario, se mofan del

7 Sobre los problemas de objetividad en la memoria véase Garay (1999, p. 83) y Prins (2003).



investigador, quien, desde su punto de vista, ha hecho un importante ‘descubrimiento’. El conocimiento es agredido y es peligrosamente cuestionado ante la falta de ética de ciertos investigadores. 3) La tercera razón —dañina para la investigación— es el precedente establecido en la región: los investigadores tienen la obligación de pagar por la información. Es precisamente lo que ocurrió con los investigadores que llegaron años después de “Don Panchito”: nadie les quiso dar información porque no les pagaban.

La subjetividad también puede ocurrir por otros motivos. Las regiones de mayor importancia antropológica o histórica suelen estar plagadas por investigadores no solo regionales y nacionales sino también internacionales. En Yucatán, México, el oriente del estado es la región mejor considerada para hacer trabajo de campo intensivo, gracias a la permanencia de las tradiciones y las costumbres indígenas mayas y, al mismo tiempo, donde se desarrolló buena parte de la Guerra de Castas. Así pues, tanto para la antropología como para la historia constituye una región de gran interés. Durante años, los pueblos de la región fueron utilizados a modo de laboratorio, con carácter obligatorio, para los estudiantes de la licenciatura de Antropología Social de la Facultad de Antropología de la Universidad Autónoma de Yucatán. Las autoridades y los habitantes de las comunidades no tenían ningún inconveniente en recibirlos y que vivieran ahí durante en el transcurso de sus respectivos trabajos de campo, que tardaban seis meses. No obstante, su presencia anual y continua en las mismas localidades comenzó a hartar y a cansar a los lugareños por no comprender el motivo de su permanencia. Sin embargo, la causa principal de su molestia derivaba de las costumbres inapropiadas de algunos estudiantes, hombres y mujeres que a menudo ingerían bebidas alcohólicas y paseaban a altas horas de la noche, o mujeres que a veces vivían solas en los pueblos. La convergencia de estos elementos contribuiría a mostrar un ambiente negativo en su imagen. Así, el interés y novedad que representó al principio se convirtió en una situación insostenible en muchos lugares, cuya presencia empezó a provocar incordia e importunar la cotidianidad de los habitantes. La misma forma de vestir, diferenciada de los vecinos, también sería objeto de molestia, a tal grado que las entrevistas y interlocuciones perdieron a sus sujetos de estudio, quienes comenzaron a negarse a proporcionar información o a brindar respuestas rápidas, sin interés por profundizar en ciertas cuestiones. La situación llegó al punto de que hubo incidentes graves, que alteraron la tranquilidad de los lugareños cuando ocurrieron agresiones personales, incluso contra aquellas jóvenes que viajaban solas. Ante la compleja situación vivida en varios pueblos, en los años finales del siglo XX la obligatoriedad de las prácticas de campo cesó en el oriente de Yucatán.



Recolección y utilidad de la memoria

La tradición oral en las comunidades es, por lo general, el único recurso que se posee para la preservación de su pasado. En la mayoría de estas, el saber oral revive cuando algún investigador tiene interés en este conocimiento, pero la recuperación no siempre es fácil, debido a que, aun con el consentimiento de las autoridades locales, existe desconfianza hacia los extraños. Los distintos grados de aceptación pueden coincidir con el comportamiento, carácter y habilidad del investigador, aunque también es necesario que los habitantes comprendan qué hacemos ahí o por qué nos interesan determinados tópicos. En su entendimiento natural a menudo resulta difícil una explicación lógica. La suspicacia suele asociar a los estudiosos con gente del gobierno o de los partidos políticos que pretenden el conocimiento de las cosas para perjudicarlos, utilizándolo en su contra.

Los testimonios que, por su naturaleza, son sociales y que pueden tener la categoría de comunitarios cuando son compartidos por la sociedad de convivencia constituyen en esencia la voz del pueblo. Este origen consustancial motiva que la investigación social procure incorporar su saber mediante diversas estrategias. Ante dificultades metódicas, un instrumento decisivo es el diálogo informal, empleando la memoria como medio de resguardo informativo; en esta clase de charlas se puede lograr dialogar con dilación.⁸ La presencia de una videogradora, una reportera o cualquier instrumento tecnológico puede constituir un obstáculo difícil de salvar. El comportamiento y los detalles de la información facilitados en una charla se disipan con estos aparatos. Las respuestas que antes prodigaban una sustanciosa información se transforman en sí, no, no sé. En otros casos, la plática-entrevista se interrumpe de inmediato. El investigador debe tener la capacidad de obtener la mayor cantidad de testimonios posibles y, por lo regular, es gracias a la utilización de la plática informal como puede conseguirse este objetivo, sin un aparente guion —aunque con una estructura fundamentada, según la información que se desea obtener— porque las preguntas concretas o la libreta de apuntes también constituyen señales de algo que puede emplearse en su contra. En la mencionada comunidad de Kankí, la familia que me proporcionaba alimentos diarios, con la que había establecido estrechos lazos de cordialidad y familiaridad producto de la convivencia cotidiana, solía brindar explicaciones detalladas a diversos temas, que se extendían al conocimiento de una extraordinaria riqueza. La causa que motivaba la amplitud de sus respuestas era, por supuesto, el alto grado de

8 Una metodología conservadora para el desarrollo de la recolección de la memoria puede verse en Alía Miranda, (2005, pp. 348-354); Encina, et al. (2020) y Alvarado Gamiño (2023, p. 20).



confianza. No obstante, en el momento que procuré no perder ningún pormenor de las interlocuciones pretendí utilizar una reportera. De inmediato suspendieron la charla, cuestionando para qué hacía preguntas de determinadas cosas y, a partir de ese instante, las pláticas desaparecieron; dejaron de contestar o respondieron con frugalidad. La misma situación ocurría cuando en la comunidad intentaba hacer algunas anotaciones en papel: aparecían la misma desconfianza y la interrupción absoluta de cualquier intento de comunicación. De tal suerte que, con la experiencia vivida, la memorización de los testimonios se convertía en la única estrategia metodológica para asegurar continuidad y transmisión del conocimiento por parte de los vecinos. La libreta de campo se empleaba, por lo tanto, en la intimidación, con la intención de reproducir los saberes de la manera más fehaciente.

Por otra parte, hay que considerar que la obtención de información no tiene los tiempos del investigador. Los testimonios hay que recopilarlos según la situación de cada informante, sin importunar en sus actividades domésticas o laborales, evitando horas inapropiadas que afecten momentos de descanso, relajación o que interrumpan el descanso vespertino. El investigador debe tomar en cuenta todos estos factores para lograr que la transmisión de información sea efectiva, sin que las reuniones tarden demasiado tiempo, sin hacer preguntas incómodas, sin insistir en preguntas que no desean ser respondidas y sin imponer puntos de vista, siempre con la mayor empatía y procurando crear un ambiente de confianza. En general, debe establecer una comunicación fluida para hablar con absoluta libertad incluso de temas que no son de interés de la investigación.

La aportación más importante de la memoria es, sin duda alguna, la convivencia y entrevista directa, personal con aquellos actores que de algún modo tuvieron participación en algún evento del siglo XX.⁹ Un historiador local, por ejemplo, ante la ausencia significativa de fuentes escritas, compensó y enriqueció su investigación recurriendo a los testimonios directos para reconstruir las vivencias de los campesinos yucatecos de principios del siglo XX (Villanueva Mukul, 2021). Otros trabajos, los llamados de microhistoria local, por desgracia, han carecido de algún intento de rigurosidad científica, abogando tan solo el amor al terruño.

Consideraciones finales

Es propio decir que la memoria no pretende ser una alternativa a la historia de los documentos, sino que ambas se complementan y

⁹ Un análisis detallado acerca de este punto puede verse en Sánchez Molina (2022).



enriquecen. El interés por la memoria ha favorecido, desde hace algunas décadas, el conocimiento de realidades que de otra manera sería imposible conocer. La vida cotidiana en las casas, en la vida, aquellas prácticas más íntimas, etc., de principios del siglo XX, se han construido gracias a la invaluable ayuda proporcionada por los relatos de la historia oral que vive en la memoria de los ancianos.

Así, puede afirmarse que antes de ser configurada como tal, la tradición oral forma parte de una realidad ausente de toda pretensión y forma parte de la vida social cotidiana. No obstante, a veces circula de manera fragmentada, mediante opiniones diversas o pequeños relatos acerca de las experiencias personales o de los acontecimientos considerados importantes en una comunidad (Garay, 1999, p. 96).

El historiador de hoy, con mayor interés en la historia del tiempo presente, poco a poco transgrede las reglas de la historia tradicional, que a menudo desdeña la importancia de la oralidad como fuente y recupera este conocimiento para la construcción de un saber que gradualmente ocupa el lugar privilegiado que le corresponde. En la actividad de campo se puede conseguir un repositorio oral documental de enormes dimensiones que profundiza en los quehaceres históricos, sociales, económicos, políticos y culturales comunitarios de la sociedad rural.

Referencias

- A la memoria del C. Lic. Pablo García.* (1869). Tipografía de G. Canto.
- Alía Miranda, F. (2005). *Técnicas de investigación para historiadores. Las fuentes de la Historia.* Síntesis.
- Alvarado Gamiño, C. (2023). Historia reciente e historia oral, un nuevo abordaje historiográfico. *Cuadernos Fronterizos*, 19(58), 18-22. <https://doi.org/10.20983/cuadfront.2023.58.6>
- Aróstegui, J. (2007). *La historia vivida. Sobre la historia del presente.* Alianza.
- Bernal Vega, M. A. (2025). La historia oral y su potencial investigativo histórico-social con mujeres de pueblos originarios. *Ainkaa. Revista de Estudiantes de Ciencia Política*, 9(16), 38-56.
- Cárdenas López, S. P., & Hernández Hernández, D. Y. (2024). La importancia de las tradiciones orales como medio para fortalecer el desarrollo de la identidad cultural en la educación. *Ciencia Latina. Revista Científica Multidisciplinar*, 8(3), 6101-6126. https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v8i3.11809
- Castellanos Monroy, N. E. (2024). La Importancia de la Tradición Oral en el Fortalecimiento de Competencias Comunicativas. *Ciencia*



- Latina Revista Científica Multidisciplinar*, 8(2), 7787-7802. https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v8i2.11217
- Documentos relativos a la vindicación de los CC. Diputados Pedro A. Quero y Juan Timoteo Muñoz*. (1869, noviembre 27). Alcance al N° 250 de “El Espíritu Público.
- Duván Ávalos, É. (2020). Los narradores de la tradición oral: El don impuesto por los seres del otro mundo. *Janguwa Pana*, 19(2), 297-312. <https://doi.org/10.21676/16574923.3476>
- Encina, J., Ezeiza, A., & Delgado De Frutos, N. (2020). Historias orales como herramienta para la convivencialidad. Estudios de la Paz y el Conflicto. *Revista Latinoamericana. Estudios de la Paz y el Conflicto*, 1(2), 13-38. <https://doi.org/10.5377/rlpc.v1i2.9828>
- Fernández Fernández, J., Vaca Pardo, L. N., & Astaiza Bravo, F. Y. (2022). Recuperación de historias de origen y tradición oral: Estrategia para fortalecer la lectura y la escritura. *Análisis*, 54(101). <https://doi.org/10.15332/21459169.7504>
- Ferrer Alaña, L. G., & Carrillo Ramírez, T. E. (2023). La historia oral: Un desafío a los mitos de la historia comúnmente aceptados. *Revista de Ciencias Humanas y Sociales*, 39(101), 13-34.
- Garay, G. (1999). La entrevista de la historia oral: ¿monólogo o conversación? *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, 1(1), 81-89.
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Anthropos.
- Mariezcurrera Iturmendi, D. (2008). La historia oral como método de investigación histórica. *Gerónimo de Uztariz*, (23/24), 227-233.
- Marines, J. M. (2007). *La escucha en la historia oral*. Palabra dada. Síntesis.
- Menéndez, C. R. (1950). *El Archivo privado del General Cepeda Peraza*. Compañía Tipográfica Yucateca.
- Muñoz Onofre, D. (2003). Construcción narrativa en la historia oral. *Nómadas*, 18, 94-102.
- Prins, G. (2003). Historia oral. En P. Burke (Ed.), *Formas de hacer historia* (pp. 145-187). Alianza.
- Sánchez Molina, A. A., & Murillo Garza, A. (2021). Enfoques metodológicos en la investigación histórica: Cuantitativa, cualitativa y comparativa. *Debates por la Historia*, 9(2), 147-181. <https://doi.org/10.54167/debates-por-la-historia.v9i2.792>
- Villanueva Mukul, E. (2021). *Así tomamos las tierras: Henequén y haciendas en Yucatán durante el porfiriato*.